

guerra incorporados á los expedicionarios por la voluntad de Pitt, y le expuso la manera de apoderarse del fuerte. Al día siguiente, poco antes de media noche, pusieron en marcha las columnas republicanas hacia Penthievre, para deslizarse por un paso estrecho á derecha é izquierda del mismo. Hoche, acompañado de Tallien y de Blad, se situó frente á la fachada de tierra, con otro destacamento, para prestar socorro á las columnas, caso de necesidad. El cielo estaba encapotado, la noche oscura, á gusto de los asaltadores; pero al llegar éstos á la costa, violenta tempestad les impidió durante una hora larga adelantar un solo paso. Cuando se pudo reemprender la marcha, las aguas cubrían toda la ribera, en vista de lo cual, la columna de la izquierda se detuvo; la de la derecha, guiada por Goujon y mandada por el general Menage, avanzó, caminando los soldados sin ruido y uno á uno, con el agua hasta la cintura y bajo una lluvia abundante, hasta el pie de los muros en la parte opuesta, y poseedores del santo y seña de la plaza, subieron sin dificultad á la plataforma. En este instante, suenan disparos de fusil; la guarnición corre á las armas, y los cañoneros del lado de tierra rompen vivo y mortífero fuego que obliga á Hoche á dar la orden de retirada. Pero, de repente, el fuego cesa: Hoche se vuelve, y ve con júbilo la bandera tricolor izada en lo alto del fuerte. ¿Qué había ocurrido? Que Menage, con unos centenares de desertores que se le unieron, lo había derribado todo á su paso y sacrificado á los artilleros sobre sus cañones.

Se había llegado al fin. Emigrados, chuanos, mujeres y niños huyeron en tropel, amontonándose en el extremo confín de la Península para embarcarse. Puisaye se hizo llevar al navío Almirante, dejando encargado del mando al joven Sombreuil. Hoche, movido de lástima, detuvo sus tropas en el fuerte con varios pretextos, á fin de dar tiempo á los vencidos para efectuar el reembarco; pero no satisfizo por completo su deseo. Hacia medio día, las columnas comenzaron á avanzar. ¡Qué momento de angustia! Muchos emigrados y chuanos, esforzándose en ganar á nado las embarcaciones, se ahogaron; otros, desesperados, se hundieron la espada en el pecho. Sombreuil protegía el embarco, resuelto á huir el último ó á morir, si era preciso, para salvar á sus compañeros. Las columnas republicanas seguían avanzando, y sus oficiales gritaban: «¡Entregad las armas, no se os causará ningún daño!» Perdida toda esperanza, Sombreuil se rindió. Hoche le trató con gran consideración y afecto. ¡Pobre joven! Hermoso, valiente, leal y estimado por todo el mundo, iba á serle arrebatada la vida cuando estaba á punto de entrar de lleno en ella, de casarse con una joven que adoraba. Los prisioneros fueron seis mil doscientos, de los cuales mil emigrados, tres mil seiscientos chuanos y mil seiscientos antiguos soldados republicanos. A estos últimos, así como á las mujeres y niños, les puso Hoche en libertad; pero quedaban aun más de mil, que según las leyes republicanas debían ser fusilados. Hoche abandonó el veintitrés aquellos gloriosos, pero tristes lugares, dejando en manos de los representantes la suerte de los prisioneros. Tallien y

Blad se inclinaban á la clemencia, mas no se atrevieron á decidir sin consultar con la Asamblea. La fatalidad quiso que, durante este tiempo, cayesen en poder del Comité de Salvación pública pruebas de las relaciones secretas que Tellien mantenía con los realistas, lo que indujo á éste como único medio de salvarse, á volverse del lado del Terror, trinando el veintisiete de Julio desde la Tribuna contra los vencidos, á los que no perdonó ni un insulto, ni una recriminación; y aquella Convención miope é insensata, rabiosa ahora de los realistas como lo estuviera antes de los jacobinos, señaló el término de su carrera con una carnicería horrible. Después de una sesión de varias semanas, un Consejo de guerra, establecido en Auray, pronunció la pena de muerte contra Sombreuil y seiscientos de sus compañeros. El sitio en que fueron ejecutados se llama todavía hoy «Campo de las Víctimas». Inmediatamente, Charette fusiló un número igual de prisioneros republicanos.

No acabaron en esto las represalias. En toda Bretaña no se oyó más que un solo grito: ¡Venganza! Los chuanos que habían escapado á la muerte, diéronse á correr los campos y batir á las columnas republicanas. Sus primeras víctimas fueron los cuatro batallones que habían suministrado jueces y verdugos al Consejo de guerra de Auray, de los cuales no quedaba un soldado vivo á fines de Agosto. Cadoudal, Guillot y Jambe-d'Argent tuvieron en jaque á cincuenta mil soldados, mandados por los mejores generales de la República; extendieron la rebelión por el Norte hasta las fronteras de Normandía, y en el Sur pusieron á los republicanos en el trance de tener que distraer de la Vendée cerca de ocho mil hombres. Con esta mengua, el general Canclaux nada pudo emprender contra Charette y Stofflet, que tenían quince mil campesinos en armas. En el mes de Agosto, Charette recibió de Inglaterra gran cantidad de armas, uniformes y municiones, y poco después, la noticia de que el conde de Artois desembarcaría en Vendée, con unos centenares de oficiales experimentados, escoltado por una flota inglesa. En efecto, la expedición salió de Portsmouth el veinticinco de Agosto, pero no llegó á pisar el suelo francés, en el islote de Yeu, hasta fines de Septiembre, cuando ya el general Hoche llevaba un mes al frente del ejército del Oeste. El desembarco de Artois electrizó á los vendeanos, los cuales, cuando el marqués de Riviere se les presentó el cinco de Octubre en el campamento para ordenarles, en nombre del príncipe, que fuesen á unírsele, todos se lanzaron entusiasmados hacia la ribera. El mismo Stofflet, al tener delante un Borbón, olvidó sus envidias y anunció que se ponía á disposición del príncipe. Pero el mismo príncipe se encargó de matar el entusiasmo. El diez de Octubre, cuando ya el ejército vendeano se hallaba á una legua escasa de la costa, otro ayudante se le presentó á participarle que el príncipe aplazaba el desembarco para tiempos mejores, y como en desagravio, entregó á Charette una espada de honor, con esta inscripción: «No retrocedo nunca». Pálido, desenchajado, Charette tomó el arma con mano crispada y trémula, y después de unos minutos

de silencio, exclamó: «Decid al príncipe que lo que me envía es mi sentencia de muerte. Tengo hoy quince mil hombres, mañana no tendré más que trescientos. Sólo me queda elegir entre la fuga y la muerte, moriré!» Cumplió su palabra, no sin escribir á Luis XVIII: «La cobardía de vuestro hermano lo ha echado á perder todo». El conde de Artois, desalentado é irresoluto, permaneció en el islote de Yeu hasta el mes de Noviembre, en que zarpó con rumbo á Inglaterra.

¡Qué poco valían los adversarios de la revolución! Por su ineptitud y su egoísmo, no se efectuó ahora la restauración de la monarquía. Los rencores, las torpezas y la molicie de la coalición explican las victorias del tiempo de Robespierre, no obstante la disolución, la discordia y el derroche que reinaban en lo interior; de igual manera, la incapacidad, el egoísmo y la intransigencia de los representantes del antiguo régimen explican que la sociedad francesa fuese de día en día más democrática, á pesar del profundo horror que le inspiraban la Convención y los jacobinos. Si exceptuamos unos cuantos varones de ánimo levantado y generoso, las altas clases anteriores al ochenta y nueve se hallaban por completo degeneradas y corrompidas. En el mismo partido realista, la iniciativa, el empuje, la esperanza, el desinterés, la abnegación, no residía en los príncipes ni en los jefes, sino en los campesinos del Oeste, en los sacerdotes del Mediodía y en los burgueses de París. ¡Qué contraste! Los chuanos estaban prontos á morir por su rey, porque le miraban como el orgullo y la salvación de la patria; el conde de Artois había juzgado una insensatez arriesgarse por la patria, porque sólo estimaba á la patria como escabel de su real grandeza. Evidentemente, no era de aquí de donde habían de salir los redentores de Francia.

La Convención, furiosa contra los realistas, se resolvió ahora contra los asesinos del Mediodía. Tomando por fundamento una relación de Chenier, suspendió á todas las corporaciones administrativas de Lyon, mandó procesar al alcalde y al acusador público, por su criminal indolencia; comisionó al diputado girondino Poulain-Grandpre para ir á restablecer el orden en la industrial ciudad, y decretó el desarme de la guardia nacional reaccionaria. «Aplastemos, había escrito Chenier, la nueva hidra, cuya cabeza está en Lyon y la cabeza en los chuanos». Ordenó también la Convención que fuesen entregados al tribunal criminal del Isere los trescientos individuos de la compañía de Jesús; pero los compañeros de Jesús se escaparon, yéndose á bandolear por los campos y á desbalijar diligencias. Con estas medidas, el terrorismo contra-revolucionario quedó sofocado en Lyon; no así en Provenza, donde siguió haciendo víctimas hasta el Otoño. Lógico era que, persiguiendo á los realistas, la Convención cesase de perseguir á los montañeses. Reconoció al mismo tiempo la necesidad de reunir todas las energías que conspiraban á mantener la República, y con este fin, dispuso celebrar en toda Francia, con una gran fiesta, el aniversario del diez de Agosto. Comprendió igualmente que, á pesar de haber reprimido los movimientos encaminados á que se pusiese en vigor la Constitución del noventa y tres, no

se podía mantener por más tiempo el gobierno revolucionario; que era preciso, urgente salir del régimen dictatorial y entrar en el de una república constitucional. Mas siendo patente la Constitución del noventa y tres no armonizaba con las ideas y sentimientos dominantes á la sazón, sin contar con que de suyo no reunía condiciones de viabilidad, procedió á redactar otra, cuyo estudio requiere capítulo aparte.

CAPILLA ALFONSO X
BIBLIOTECA